

Tareas del Gobierno

[Diego Hidalgo](#)

España debe liderar la búsqueda de una estrategia mundial democrática de prevención y lucha contra el terrorismo.

El nuevo Gobierno de España se enfrenta con un mundo peor, más caótico y peligroso, que el (aparentemente) idílico que encontraron los anteriores en 1996 y 2000. Antes de poner en marcha una política exterior coherente, el Ejecutivo debe constatar esas diferencias y los principales problemas de gobernabilidad del mundo en 2004. Los problemas de fondo están interrelacionados: la creciente pobreza y desigualdad; la crisis de la democracia, hoy sometida a múltiples amenazas; el terrorismo, sus raíces (demográficas, educativas y religiosas, la falta de resolución del conflicto palestino-israelí, entre otras) y el desacuerdo sobre cómo combatirlo. Los dos primeros ya eran patentes al final de los 90, mientras que los dos últimos han aparecido tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y se han agravado tras la invasión de Irak.

El desacuerdo en cómo prevenir y luchar contra el terrorismo ha centrado las diferencias transatlánticas, sólo cosméticamente maquilladas en las conmemoraciones del desembarco en Normandía y con la resolución 1.546 de la ONU sobre Irak. Tras ser invadido, este país ha pasado de problema de prioridad menor en relación con otros (Israel/Palestina, Corea del Norte, conflicto subyacente entre India y Pakistán) a centro de enfrentamientos sin soluciones satisfactorias. La polarización mundial y el nivel de resentimiento contra Estados Unidos en gran parte de la opinión pública mundial han crecido peligrosamente, y la retórica del "quienes no están conmigo están contra mí" ha sembrado la división entre los gobiernos europeos; para ellos la decisión de cómo posicionarse ante Irak se ha convertido en problema fundamental.

A escala global, lo importante es que los problemas antes enumerados, unidos a avances tecnológicos en los que los terroristas suicidas tienen un terrible potencial destructivo, requieren una política común por parte de Europa y de EE UU y un consenso urgente sobre medidas democráticas

y eficaces para combatir el terrorismo, y no con invasiones militares. Sin este acuerdo, una serie grave de atentados pondría en peligro el sistema democrático.

El conflicto entre la visión del Gobierno actual de Estados Unidos y la de la inmensa mayoría del mundo puede maquillarse, pero es difícilmente salvable. Las elecciones de noviembre podrían llevar a EE UU a una política exterior distinta, bien con la victoria del Partido Demócrata en las elecciones presidenciales y (no lo olvidemos) legislativas, bien con un Bush libre de hipotecas electorales y más conciliador y propenso a deshacer entuertos. Sin embargo, confiar en ello parece poco realista.

Ahora bien, ante problemas acuciantes, cabe sacar dos lecciones de la historia. Una, optimista, es que Europa y Norteamérica fueron capaces de unirse para derrotar al nazismo y al comunismo, los dos grandes peligros del siglo xx. La otra, pesimista, es que la humanidad sólo reacciona ante catástrofes cuando son inminentes o ya se han producido. No olvidemos que, como dijo Raymond Aron, el mundo sólo fue capaz de crear un sistema de gobierno global con las Naciones Unidas y las instituciones de Bretton Woods "de puntillas hacia atrás" tras una Gran Depresión seguida de una guerra mundial.

Los últimos 10 años desde la toma del poder por el Partido Republicano en el Congreso de EE UU han evidenciado la creciente irrelevancia de la ONU y la urgente necesidad de su reforma. Quienes no quieren acometerla y dotar a la ONU de medios para cumplir sus objetivos olvidan que en un mundo globalizado las soluciones nunca pueden ser dictadas unilateralmente, que las Naciones Unidas son más necesarias que nunca y que éstas son las únicas instituciones que tenemos. No olvidemos que, para crearlas, 60 millones de la generación de nuestros padres y abuelos perdieron sus vidas. España debe contribuir activamente al reforzamiento de las instituciones multilaterales participando en la necesaria reforma de la ONU, aportando recursos humanos y económicos a misiones de paz y apoyando que el Consejo de Seguridad tenga como miembros permanentes a la UE (sustituyendo a Francia y al Reino Unido) y a la India, Brasil y Suráfrica, las tres mayores democracias en Asia, América Latina y África, respectivamente.

España, hasta tiempos recientes, ha tenido una influencia muy superior a su poder militar y económico gracias al éxito de su evolución

política y económica tras el fin de la dictadura y al enorme, y a veces infravalorado, prestigio internacional del Rey. En Oriente Medio, el equilibrio prudente entre árabes e israelíes mantenido por el Gobierno de González permitió a España ser un eje importante en el proceso de paz con dos momentos culminantes: la Conferencia de Paz en Madrid y el proceso de Barcelona. Aunque la etapa de Aznar mejoró las relaciones bilaterales con Israel y EE UU, no se tradujo en un mayor papel para España en el proceso de paz, y su final fue interpretado como una sumisión a Bush.

España se encuentra ahora ante un serio dilema. ¿Ha acertado el Ejecutivo al retirar sus tropas de Irak sin la posibilidad de que las Naciones Unidas asumieran el control de las operaciones? La mayoría del electorado favorece al Gobierno, más aún tras las revelaciones sobre malos tratos a los prisioneros iraquíes. Sin embargo, aun admitiendo que es deseable alinearse con Europa, los realistas aducen que poca ayuda podemos esperar de Europa en problemas futuros, y exhortan al Ejecutivo a buscar un camino medio para conservar la ventaja de las buenas relaciones con Washington, necesarias también para que España tenga mayor relevancia en la resolución del conflicto árabe-israelí.

Lo que se requiere es, pues, cuadrar un círculo en el que España abandone la política de Aznar de sumisión a EE UU y al mismo tiempo mantenga sus compromisos fundamentales como aliado (con tropas en Afganistán y en los Balcanes) y se acerque a las posiciones de Francia y Alemania sin perder sus activos y personalidad propia dentro de la UE. El Gobierno está ya dando pasos en esta dirección. Mi recomendación fundamental es que España lidere la búsqueda de una estrategia mundial democrática, y no militar, de prevención y lucha contra el terrorismo, contribuyendo a un consenso entre Estados Unidos y Europa.

España debe liderar la búsqueda de una estrategia mundial democrática de prevención y lucha contra el terrorismo.

[Diego Hidalgo](#)

El nuevo Gobierno de España se enfrenta con un mundo peor, más caótico y peligroso, que el (aparentemente) idílico que encontraron los anteriores en 1996 y 2000. Antes de poner en marcha una política

exterior coherente, el Ejecutivo debe constatar esas diferencias y los principales problemas de gobernabilidad del mundo en 2004. Los problemas de fondo están interrelacionados: la creciente pobreza y desigualdad; la crisis de la democracia, hoy sometida a múltiples amenazas; el terrorismo, sus raíces (demográficas, educativas y religiosas, la falta de resolución del conflicto palestino-israelí, entre otras) y el desacuerdo sobre cómo combatirlo. Los dos primeros ya eran patentes al final de los 90, mientras que los dos últimos han aparecido tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y se han agravado tras la invasión de Irak.

El desacuerdo en cómo prevenir y luchar contra el terrorismo ha centrado las diferencias transatlánticas, sólo cosméticamente maquilladas en las conmemoraciones del desembarco en Normandía y con la resolución 1.546 de la ONU sobre Irak. Tras ser invadido, este país ha pasado de problema de prioridad menor en relación con otros (Israel/Palestina, Corea del Norte, conflicto subyacente entre India y Pakistán) a centro de enfrentamientos sin soluciones satisfactorias. La polarización mundial y el nivel de resentimiento contra Estados Unidos en gran parte de la opinión pública mundial han crecido peligrosamente, y la retórica del "quienes no están conmigo están contra mí" ha sembrado la división entre los gobiernos europeos; para ellos la decisión de cómo posicionarse ante Irak se ha convertido en problema fundamental.

A escala global, lo importante es que los problemas antes enumerados, unidos a avances tecnológicos en los que los terroristas suicidas tienen un terrible potencial destructivo, requieren una política común por parte de Europa y de EE UU y un consenso urgente sobre medidas democráticas y eficaces para combatir el terrorismo, y no con invasiones militares. Sin este acuerdo, una serie grave de atentados pondría en peligro el sistema democrático.

El conflicto entre la visión del Gobierno actual de Estados Unidos y la de la inmensa mayoría del mundo puede maquillarse, pero es difícilmente salvable. Las elecciones de noviembre podrían llevar a EE UU a una política exterior distinta, bien con la victoria del Partido Demócrata en las elecciones presidenciales y (no lo olvidemos) legislativas, bien con un Bush libre de hipotecas electorales y más conciliador y propenso a deshacer entuertos. Sin embargo, confiar en ello parece poco realista.

Ahora bien, ante problemas acuciantes, cabe sacar dos lecciones de la historia. Una, optimista, es que Europa y Norteamérica fueron capaces de unirse para derrotar al nazismo y al comunismo, los dos grandes peligros del siglo xx. La otra, pesimista, es que la humanidad sólo reacciona ante catástrofes cuando son inminentes o ya se han producido. No olvidemos que, como dijo Raymond Aron, el mundo sólo fue capaz de crear un sistema de gobierno global con las Naciones Unidas y las instituciones de Bretton Woods "de puntillas hacia atrás" tras una Gran Depresión seguida de una guerra mundial.

Los últimos 10 años desde la toma del poder por el Partido Republicano en el Congreso de EE UU han evidenciado la creciente irrelevancia de la ONU y la urgente necesidad de su reforma. Quienes no quieren acometerla y dotar a la ONU de medios para cumplir sus objetivos olvidan que en un mundo globalizado las soluciones nunca pueden ser dictadas unilateralmente, que las Naciones Unidas son más necesarias que nunca y que éstas son las únicas instituciones que tenemos. No olvidemos que, para crearlas, 60 millones de la generación de nuestros padres y abuelos perdieron sus vidas. España debe contribuir activamente al reforzamiento de las instituciones multilaterales participando en la necesaria reforma de la ONU, aportando recursos humanos y económicos a misiones de paz y apoyando que el Consejo de Seguridad tenga como miembros permanentes a la UE (sustituyendo a Francia y al Reino Unido) y a la India, Brasil y Suráfrica, las tres mayores democracias en Asia, América Latina y África, respectivamente.

España, hasta tiempos recientes, ha tenido una influencia muy superior a su poder militar y económico gracias al éxito de su evolución política y económica tras el fin de la dictadura y al enorme, y a veces infravalorado, prestigio internacional del Rey. En Oriente Medio, el equilibrio prudente entre árabes e israelíes mantenido por

el Gobierno de González permitió a España ser un eje importante en el proceso de paz con dos momentos culminantes: la Conferencia de Paz en Madrid y el proceso de Barcelona. Aunque la etapa de Aznar mejoró las relaciones bilaterales con Israel y EE UU, no se tradujo en un mayor papel para España en el proceso de paz, y su final fue interpretado como una sumisión a Bush.

España se encuentra ahora ante un serio dilema. ¿Ha acertado el Ejecutivo al retirar sus tropas de Irak sin la posibilidad de que las Naciones Unidas asumieran el control de las operaciones? La mayoría del electorado favorece al Gobierno, más aún tras las revelaciones sobre malos tratos a los prisioneros iraquíes. Sin embargo, aun admitiendo que es deseable alinearse con Europa, los realistas aducen que poca ayuda podemos esperar de Europa en problemas futuros, y exhortan al Ejecutivo a buscar un camino medio para conservar la ventaja de las buenas relaciones con Washington, necesarias también para que España tenga mayor relevancia en la resolución del conflicto árabe-israelí.

Lo que se requiere es, pues, cuadrar un círculo en el que España abandone la política de Aznar de sumisión a EE UU y al mismo tiempo mantenga sus compromisos fundamentales como aliado (con tropas en Afganistán y en los Balcanes) y se acerque a las posiciones de Francia y Alemania sin perder sus activos y personalidad propia dentro de la UE. El Gobierno está ya dando pasos en esta dirección. Mi recomendación fundamental es que España lidere la búsqueda de una estrategia mundial democrática, y no militar, de prevención y lucha contra el terrorismo, contribuyendo a un consenso entre Estados Unidos y Europa.

Diego Hidalgo es presidente de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE).

Fecha de creación
11 septiembre, 2007